

FINALISTA ESTATAL



EL CHICO DE LOS AVIONES

Paula caminaba apresuradamente hacia el hospital, hacía quince años desde que había pisado por primera vez sus blancos suelos.

Si por un momento hubiera sido capaz de razonar como la adulta que era, esa chica sería, correcta y formal, de la que se decía que nadie le había visto reír, habría corrido a su casa, avergonzada por su aspecto. Llevaba los vaqueros puestos al revés, sus zapatillas de estar por casa pisaban el suelo mojado. ¡Ni siquiera sabía si se había peinado!

Pero todo eso ahora le parecía intrascendente. Solo pensaba en una cosa, volver al hospital antes de que lo derribasen, volver al lugar donde había conocido a Paul, hace mucho tiempo, cuando ella creía que si soltabas un globo llegaba a la luna.

15 Mayo 1997

Paula tenía diez años, dos hermanos mayores, una cicatriz enorme a la derecha del ombligo... ¡Y se aburría! ¡Se aburría de esas cuatro paredes blancas y de esos tubitos con líquidos extraños! El médico le había dicho que saldría del hospital en diez días ¡Pero eso son mil años para una niña impaciente! ¿Qué podía hacer?

Su mirada se dirigió a un gran árbol que había en el patio interior del hospital. Tenía el tronco tan grueso que ni su padre podría abrazarlo y las hojas tan altas que rozaban las nubes. Le llamó la atención un nido escondido en el ramaje.

En el “cole”, Paula era la chica con mejor puntería de su clase ¡incluso superaba a los chicos!, y, para una campeona como ella, no sería difícil dar a ese nido con un avión de papel.

Dicho y hecho, cogió un folio que estaba junto a su cama (en el que ponía su nombre junto a la palabra “apendicitis”), lo dobló como le había enseñado su hermano y escribió en el avión “Vuelos Paula”.

Se asomó a la ventana, apuntó a su objetivo y ... ¡Zas! con un movimiento ágil y una destreza inimaginable lanzó su proyectil.

Por casualidad o por destino, una ráfaga de viento desvió el avión, de modo que, lejos de darle al árbol, se coló en la ventana de la habitación de enfrente.

Frustrada, Paula volvió a su camilla y continuó leyendo "Momo", su libro favorito, pero, para su sorpresa, minutos después su propio avión de papel se coló por su ventana. Curiosa, fué a recogerlo. Al tenerlo entre sus manos se dio cuenta de que habían tachado una letra de su inscripción y ponía "Vuelos Paula". Desplegó el avión y vio escrito "Quisería han isla tela mate punta... ¡Cisc!

A simple vista la frase no tenía sentido, pero Paula, que no se fiaba de las apariencias, le dio miles de vueltas a aquellas palabras hasta que vio que ordenando la frase se leía: "¡Qué mala puntería tenéis las chicas!"

Paula se rió por el acertijo y se asomó a la ventana por segunda vez.

Un niño de pelo negro sonreía desde la ventana por la que ella había colado su avión. Paula le saludó y el chico la devolvió el saludo.

Desde aquel día, miles de aviones volaban en el patio interior del hospital. Paula y Paul hablaban de porqué estaban allí; ella le contaba lo de su "apinticitis" y él le decía que tenía células malas en la sangre, que antes estaba calvo, pero ya le había crecido el pelo... Ella solía hablarle de lo rápido que nadaba y él contraatacaba diciendo que era buenísimo jugando al fútbol pero que ahora no tenía fuerzas para marcar goles. Un día Paula escribió en un avión de papel:

"Te quiero, Paul, eres mi mejor amigo".

No obtuvo respuesta.

Desde ese día ningún avión con la inscripción "Vuelos Paul" voló a la habitación de Paula sin embargo ella no paraba de escribirle: "¿Qué te pasa Paul? ¿Estás enfadado conmigo? ¿Podemos ser amigos?" Pero no volvió a ver su pelo negro.

Un día vio en la ventana de Paul a otro chico, pero este no tenía pelo, ni tampoco esa sonrisa que tanto le gustaba.

Pronto Paula salió del hospital volvió a la rutina. Hizo nuevos amigos y sacó adelante sus estudios.

Llegó un día en el que ya no pensó en el chico de los aviones.

...

Al fin, Paula llegó al patio del hospital. Demasiado tarde. La empresa de demolición no había dejado nada en pie. El edificio no era más que un montón de escombros y el gran árbol yacía sobre el suelo.

Miró si seguía allí, sí, el nido continuaba en su sitio, pero algo le llamó la atención; dentro de un hueco del árbol, había una hoja de papel, algo mojada, plegada en forma de avión. La tinta estaba corrida pero el mensaje, escrito con letra infantil era legible:

“Cuidate, la pintora puede dar contigo, dispone de una lupa increíble”

¿Increíble? Si hubiera razonado como una adulta, Paula hubiera pensado que era una infantil falta de ortografía. Pero esa adulta ya no volvería a aparecer. Ahora volvería a hacer equilibristas por el bordillo de la acera, a girar hasta marearse, a pensar que si sueltas un globo, llegará hasta la luna...

...Y, sobre todo, quería reordenar las letras y pensar que allí ponía:

“No te olvidaré, princesa de nido Paula. Contigo, Paul.”